

INTRODUCCIÓN

1. La intención

El presente trabajo tiene como horizonte ahondar en la filosofía de la esperanza y de la utopía de Ernst Bloch con el fin de descubrir aquellos aspectos que perduran en la siempre frágil condición humana. Su obra, impregnada de judaísmo profético y apocalíptico, escrita bajo la influencia del romanticismo alemán, se sitúa dentro de una gran tradición filosófica y espiritual heredada de Hegel, Hölderlin y Schelling. A pesar de ser un filósofo del pasado siglo y que muchos de sus pronósticos y anuncios puede que no se hayan cumplido, su pensamiento sigue siendo y seguirá siendo actual en cuanto que está dedicado íntegramente a hablarnos de nuestro futuro, de las esperanzas y utopías que aguardan a los seres humanos que todavía caminamos sobre la Tierra. Además, en estos tiempos de crisis de todo tipo y de pérdida de confianza en el futuro, su testimonio como filósofo que supo rechazar el nihilismo, el tedio, la angustia y la desesperación que dominaron al hombre en la primera mitad del pasado siglo, puede animar la reflexión sobre nuestro presente histórico. Sin sentirnos, necesariamente, obligados a seguir al pie de la letra todas sus proposiciones, podemos aprender de él, como pensador de la esperanza y de la utopía, a ver la historia como presencia de la razón y descubrir en la obra del hombre, en el arte, en la música, en la religión y en todos los sueños de la humanidad, las huellas de lo utópico y el afán de superación que existe en todo lo humano.

Por eso, ya desde el principio, el filósofo había mostrado una profunda pasión por el hombre y su capacidad para trascender, pero, como él mismo nos irá desvelando, se trata de un «trascender sin Trascendencia». Sólo el ser humano es capaz de hacer ese doble viaje hacia dentro y hacia fuera. Ansía la búsqueda de sí mismo, necesita el encuentro consigo mismo, pero al mismo tiempo es un ser trascendente; necesita buscar fuera, busca huellas, señales, vestigios, cifras, símbolos, formas enmascaradas, en que se podría encontrar ese yo oculto, que desvele el rostro humano.

El afán por trascender es el gran tema del pensamiento de Bloch. La visión de este mundo, con todo lo que nos rodea, no nos muestra la verdad; por encima de la corriente de hechos tiene que haber otra lógica olvidada y perdida, en que habita

especialmente la verdad. El pensamiento de Bloch arranca del hombre que se siente insatisfecho, rodeado de realidad indeterminada, a medio hacer. «Yo soy, pero no me poseo a mí mismo; por eso, únicamente devenimos, nos vamos haciendo»¹ -decía Bloch- al comienzo de su curso de «Introducción a la Filosofía», impartido en la Universidad de Tubinga en el semestre de invierno de 1961-62. La interioridad del hombre es el lado «oscuro»; en realidad, no sabemos quiénes o qué somos; tenemos que salir fuera de nosotros para ver y conocer algo. Ahora bien, aunque no sabemos quiénes o qué somos sí, al menos, podemos preguntar por nuestra identidad y, la mejor forma de hacerlo es mediante la reflexión retrospectiva, al estilo de los clásicos griegos, mediante el asombro. El asombro como principio filosófico le sirve a Bloch para enunciar preguntas acerca de la esencia del ser o para desvelar la oscuridad del instante vivido. Cree Bloch que la oscuridad de lo inmediato desaparece con la pregunta por nosotros mismos; no debemos esperar la solución en ningún más allá divino, sino en la proximidad humana más cercana.

2. Los grandes temas de Bloch: utopía, esperanza y religión

Bloch da gran importancia a lo *utópico*, es decir, lo que somos los hombres, lo que el mundo es no está todavía acabado, está escondido en cifras y símbolos, resplandece utópicamente en sueños y pensamientos, se muestra en germen en las obras y hechos humanos. A partir de esos datos tenemos que tratar de adivinar, disponer y decidir lo nuevo, lo que ha de venir. El hombre tiene que encontrar el verdadero camino, aunque en la búsqueda pueda encontrarse con desviaciones, con sendas que se pierden. Sabemos que muchas cosas que nos rodean, puede que no sean definitivas, que pueden evolucionar o desaparecer, pero, por medio de nosotros, logran su fin, «el regreso a la patria». Como dice Bloch: «hemos nacido no sólo para aceptar o registrar lo que fue o cómo fue, cuando aún no existíamos, sino que todo nos está esperando, las cosas buscan a su poeta y quieren estar referidas a nosotros»².

Bloch es un filósofo marxista que ha apostado por la utopía, es más, siente una auténtica pasión por la utopía y propone la utopía como «función», como una forma de

¹ E. Bloch, *Tübinger Einleitung in die Philosophie*, vol. I, Frankfurt am Main, 1963, p. 11; cf. H. Küng ¿*Existe Dios?*, Madrid, 1979, pp. 656-57.

² GU-2, pp. 344 s.; cf. P. Zudeick, *Ernst Bloch. Vida y obra*, Valencia, 1992, p. 65.

contacto con la realidad. La «utopía concreta» actuará como catalizador fundamental de su método filosófico. Bloch soñó siempre con la posibilidad de alcanzar el modelo de sociedad ideado por K. Marx, un socialismo científicamente concebido y, por tanto, utópico. La inquietud que emanaba en él le llevaría a contactar con otros jóvenes filósofos; mantendrá una buena amistad con Lukács, un discípulo formado en torno a G. Simmel. En la misma línea trabajará K. Korsch. Aunque entre estos tres autores hay marcadas diferencias, incluso polémicas, les une la reivindicación de la herencia hegeliana en el marxismo. Pero no sólo Hegel formará parte del patrimonio común, también se interesarán por Kant, Goethe, Schelling y todo lo que significó el idealismo en Alemania.

Ernst Bloch, el principal y más agudo pensador de la utopía en el siglo XX, se ha preocupado de recuperar los grandes proyectos futuroológicos de mejoramiento de la sociedad humana que han surgido a lo largo de la historia, y además de enumerar un inventario de utopías sociales, políticas, religiosas..., ha destacado los rasgos y particularidades que han caracterizado a cada una de ellas. Así, en el segundo volumen de su obra más importante, *El principio esperanza*, hace un rastreo sistemático a través de las principales utopías de la humanidad trazando los rasgos distintivos de cada una, señalando, además, a sus autores.

Actuando como un detective, intenta descubrir en la historia las fuerzas utópicas que en el curso del tiempo se han manifestado; encuentra en todas ellas rastros o huellas del deseo humano de poder habitar de otra manera mejor, más plena y gratificante, el tiempo y el espacio. Frecuentemente descubre en ellas improntas del neoplatonismo, herencia también del cristianismo, buscando el perfeccionamiento y armonía de sus diversas formas, pero no por ello dejan de ser fundamentalmente laicas, secularizadas: no es Dios el que resuelve las cosas, es el hombre, con su autonomía, con su libre albedrío, responsable de sí mismo y de los demás el que se encuentra ante la posibilidad de optar por obrar bien o mal; también decide participar en la construcción de lo que es bueno para todos.

La pulsión de perfección es el principio que rige cualquier idea, cualquier pensamiento utópico. De todas las construcciones idealizadas que se han desarrollado a lo largo de la historia sólo han quedado algunas huellas, algunos rastros de lo que el artista o el creador de la obra pudo concebir como futuro apetecido. La utopía pertenece al mundo de los hombres, conflictivo y laberíntico, pero éstos, a pesar de sus

errores, tienen capacidad para decidir sobre el futuro de la historia. Como afirma González Caminero, «en cualquier actuación humana, por más descaminada que sea, podemos hallar entre sus escorias algunas hojuelas de oro útiles y aprovechables»³. Por eso, Ernst Bloch se encargará de descubrir *las huellas de la utopía* en los proyectos realizados, procurando recuperar todos aquellos elementos utópicamente aprovechables que se han venido produciendo a través del pasado. El elemento más común presente en las mismas es la esperanza, elemento clave de la apertura al porvenir del ser humano que se extiende hacia el horizonte de lo posible, de lo que puede ser y no es todavía.

Las construcciones utópicas, en cuanto que son expresiones del *imaginario colectivo*⁴, contienen una serie de elementos comunes: son un ejercicio de inteligencia, constituyen una sana combinación de fantasía y razonamiento que proyectan un futuro deseado, el futuro imaginado, liberado de las presiones del poder, anhelan mundos posibles, habitables. Sin embargo, para Bloch la utopía no puede reducirse a un simple juego de imaginación, o a una ensoñación quimérica; no se trata de elaboraciones, propias de letrados, elaboradas según el arquetipo de Thomas More, según el cual la utopía significa literalmente no-lugar o sin lugar; ni tampoco de la simple búsqueda de un lugar o una sociedad ideal. Se trata, más bien, del brote de algo posible en lo existente, de algo que no es todavía consciente en nosotros y que todavía no se da en el mundo. Entendido así, la utopía es el primer paso en el proceso de la propia realización del hombre. En cuanto que responde a su condición antropológica fundamental, le permite proyectarse fuera de sí y expresar sus deseos y necesidades, tanto en el ámbito individual como en el social. Esta disposición utópica, esencial en el ser humano, abre una temporalidad que le permite proyectarse hacia el porvenir, de esperar como esperanza y no sólo como espera, y aplica sus posibilidades, más allá de *lo que es*, hacia lo que *puede ser* y hacia lo que *debe ser*. En todo este proceso el hombre actúa de acuerdo con un «principio esperanza», elemento clave del núcleo más íntimo del ser humano y aliciente en su apertura hacia el futuro.

³ N. González Caminero, «Ernesto Bloch», *Gregorianum*, 53 (1973), p. 141.

⁴ Hacia 1929 Karl Mannheim, planteó la relación entre ideología y utopía: ambas coinciden en que no se corresponden con la realidad; sin embargo, en la primera la perspectiva del pasado hace las veces de parámetro para ejercer la crítica del presente, en tanto que la segunda a partir del presente plantea el modelo de futuro; cf. K. Mannheim, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, Madrid, 1973.

Las manifestaciones de lo utópico se expresan en dimensiones tan extensas como lo humano: las imágenes del amor, los arquetipos de la poesía, los mitos y la cultura popular, la arquitectura, la danza o la música. Es decir, donde pueden rastrearse los elementos de la conciencia anticipadora, aparecen las semillas de la utopía. Pero, para Bloch, el momento más hermoso de ese despliegue utópico se encuentra en las tentativas del hombre por construir una sociedad sin clases donde las relaciones sean más justas y humanas. Se trata de una utopía cuyo sentido vendría marcado por la dimensión ética de la búsqueda de la realización plena de la felicidad y libertad: el *ultimum* de las posibilidades anticipadas.

Para Bloch, el campo de la utopía no se limita a las utopías sociales del siglo XIX; él ha procurado investigar con la intención de buscar el «sustrato utópico» que está oculto en todos los movimientos revolucionarios que han ido apareciendo a través de la historia. En cuanto a las utopías sociales, descubre cómo en la literatura bíblica puede encontrarse algo comparable. Los profetas clásicos, defensores del antiguo derecho divino, emprenden una fuerte crítica social (Am 2, 5 ss.; 5, 2. 24; Is 5, 7; 54, 11, y otros lugares). Además de la denuncia y crítica de las injusticias sociales, se plantean cuadros de esperanza para el futuro, como: «De sus espadas forjarán rejas de arado y hoces de sus lanzas. No desenvainará la espada un pueblo contra otro, ni se adiestrarán más en el arte de la guerra» (Is 2, 4). Israel tiene su utopía en Sión, en el nuevo Canaán, en el nuevo templo (Ez 40-48).

También en la predicación de Jesús hay un fuerte impacto utópico. Si las bienaventuranzas del sermón de la montaña (Mt 5,1-12) proclaman un derecho escatológico para los desamparados por las leyes, los oprimidos y los perseguidos, y si, según Mt 11, 28 Jesús convoca a los fatigados, para confortarlos, se da ahí, a juicio de Bloch, un momento típico de las utopías sociales: pintar circunstancias «en las que no hay fatigados ni cargados». En el cuadro de la historia que ofrece la Biblia, con la esperanza en el *éschaton* que irrumpe con el Jesús histórico, entra en acción la dinámica hacia la configuración utópica: el tiempo entre el «ya» y el «todavía no» está acuñado por la visión de la consumación escatológica.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles se narra la preocupación que existía en la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén en atender a los pobres y a los más desfavorecidos (huérfanos y viudas): «Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según

la necesidad de cada uno» (Hch 2,44-45; 4,32-34). Esta narración descubre el contenido de una verdadera utopía fundada en el comunismo de la caridad.

Junto con la expansión del cristianismo se va a ir produciendo la transformación de éste en instituciones establecidas. Este proceso se completará, en teoría, tres siglos más tarde tras el pacto de Constantino. Tras sacralizar los poderes reinantes, la Iglesia se fue constituyendo poco a poco en una casta de sacerdotes y de señores, que vivían de las migajas caídas de la mesa de los ricos y su misión, como auxiliar del Estado, consistía en aplacar la cólera de los pobres.

Para Bloch, ni siquiera la culminación del proceso teórico de institucionalización del cristianismo, logró apagar por completo la esperanza escatológica que brillaba en las primeras comunidades cristianas. En la medida en que *La ciudad de Dios* se opone al mundo considerado como *La ciudad del mal* en donde permanece cautivo el hombre, encierra numerosos elementos de la utopía. Esa ciudad en la que reinarán finalmente la justicia y la fraternidad está descrita en la perspectiva de un final de la historia, y constituye por tanto un objeto de anhelo y esperanza. No cabe duda de que, cómo todo lo bueno, el reino de Dios en la teología de san Agustín no puede ser conquistado, procede de la gracia, existe por razón de la gracia y no por el mérito de las obras⁵. Sin embargo, el carácter milenarista de *La ciudad de Dios* está de acuerdo con la aspiración utópica de los humildes a la fraternidad universal; ésta no necesitará ya la fe en un Dios-Padre: «en el día séptimo llegaremos a ser nosotros mismos». Bloch descubre aquí la utopía viva del cristianismo, el deseo de auto-emancipación del hombre.

La utopía seguirá viviendo en los movimientos que surgen al margen de la Iglesia institucional: los cátaros, valdenses, albigenses, los espirituales, etc. y, sobre todo en la utopía social de Joaquín de Fiore. Las tres edades de la humanidad descritas por el abad de Calabria, corresponden a la utopía de la tierra prometida, sin dominadores, sin ricos ni pobres, sin culto ni sacerdotes, y en donde el hombre llegará al pleno conocimiento de sí mismo.

A principios de la Edad Media, el milenarismo continúa en los movimientos utópicos que buscan la construcción de una sociedad desalienada: husitas, iluminados y más concretamente a través de Thomas Münzer, el líder anabaptista de la guerra de

⁵ PE II, p. 70.

los campesinos alemanes de comienzos del siglo XVI, al que Bloch dedicó uno de sus primeros libros. Bloch plantea ya en esa obra el problema de las relaciones entre el cristianismo y la revolución, entre visión cristiana y visión marxista de la historia, problema que no cesará de acuciar a Bloch. Por otro lado, si la teología revolucionaria propia de Bloch ya se había puesto de manifiesto en su primera obra *Espíritu de la utopía*, se presenta ahora plásticamente en la interpretación de la predicación de Thomas Münzer: «Si Dios se ha hecho hombre, se comprende que, y en qué medida, el hombre en su totalidad y profundidad se haga también dios, haciendo caso a su más profunda imagen»⁶. Bloch ve en el teólogo de la revolución la posibilidad de llevar a cabo un movimiento capaz de liberar a los campesinos de la opresión y alienación a la que estaban sometidos por parte de los príncipes y señores feudales en la Alemania de comienzos del siglo XVI. En su investigación sobre Thomas Münzer nos descubre que, en la vida personal y en la predicación del líder anabaptista de la guerra de los campesinos alemanes, existía una perfecta relación entre creencia religiosa y acción política. Es decir, no perdió de vista la justicia social cuando más preocupado se sentía por la gloria de Dios, y permaneció como hombre religioso cuando daba rienda suelta a su ira contra la clase gobernante en la Iglesia y en sociedad. Aunque la religiosidad de Thomas Münzer es genuinamente utópica, lo que se pone en evidencia es la capacidad de la religión para crear un mundo nuevo o generar un modo nuevo de sociedad. La biografía de Münzer presenta aspectos oscuros, no lo niega Bloch, pero en su estudio llega a la conclusión de que aquél teólogo de la revolución fue «un hombre leal y siempre idéntico a sí mismo», una figura grande y trágica, un héroe que exigía cosas extraordinarias pero no ilusorias y, también, un testigo valiente e ilusionado con una esperanza que nunca muere⁷.

Bloch descubre en el movimiento anabaptista la dimensión subversiva de la religión. La religión no tiene por qué ser necesariamente aceptación de lo existente, sino que posee un todavía-no realizable en el presente. El cristianismo no es contrario a la revolución, aunque existen diferencias entre la visión cristiana y la visión marxista de la historia. El marxismo y la ilusión de lo absoluto –afirma Bloch– se unen en un mismo impulso y en un mismo plan de acción; «como energía del viaje y final de todas las circunstancias, en que el hombre fuera un ser oprimido, despreciable, olvidado,

⁶ TM, p. 19.

⁷ *Ibid.*, p. 113.

como reconstrucción del planeta Tierra y como misión, creación, apremio del Reino: Münzer, junto con todos los quiliastas, sigue siendo el pregonero de este agitado viaje»⁸.

Lo que en *Espíritu de la utopía* aparece en forma de insinuación o anuncio, aparecerá ya más claramente expuesto en *Thomas Münzer*, donde tiene lugar la primera confrontación de Bloch con el marxismo. Al mismo tiempo mantendrá un elemento que en *Espíritu de la utopía* aún está poco elaborado, a saber, la acentuación del factor subjetivo en la historia, el papel del hombre, de los sueños, deseos, autoproyecciones sobre esa historia, no completamente definida por relaciones «objetivas». A Bloch le interesa poco el mero análisis frío de los procesos históricos; él pretende transcribir lo que atañe a los hombres. Se interesa fundamentalmente por el componente utópico de los movimientos milenaristas del cristianismo. El *credo* de Bloch es que la historia de Thomas Münzer puede hablar de mí, que *yo* y cualquiera que tenga espíritu crítico, revolucionario, está incluido en Münzer. Bloch mantiene siempre el anhelo, la esperanza aún en aquello que pueda parecer inalcanzable, utópico. Lo que ayer era un sueño, un mero proyecto, puede ser realidad mañana; detrás del desierto espera Canaán con todo su esplendor inexplorado, y Dios sigue siendo nube durante el día y columna de fuego durante la noche oscura⁹. Frente al pesimismo instalado en el presente, Bloch es partidario de un «optimismo militante», pero teniendo siempre presente que la esperanza en el futuro no significa meramente confianza en él, sino que sólo mediante el trabajo y el esfuerzo es posible avanzar. Tampoco podremos olvidar que siempre está presente la posibilidad del triunfo de la nada, de la destrucción completa, y nuestra propia existencia personal está marcada por la presencia de la muerte, la más amarga de las antiutopías.

La obra de juventud que el mismo Bloch define como apéndice de *Espíritu de la utopía*, alcanzará la plenitud del romanticismo revolucionario en el libro: *El principio esperanza*. Bloch se interesará por los contenidos humano-utópicos de la historia judeo-cristiana de las herejías, en la que su *Thomas Münzer* sólo será el preludio. El filósofo de la esperanza dedicará algunos capítulos de *El principio esperanza* al estudio de las diferentes religiones. Bloch se detendrá en la tradición judeo-cristiana y valorará sobremanera el libro por excelencia de esa tradición, la

⁸ TM, p. 193.

⁹ *Ibid.*, p. 71.

Biblia. El filósofo de Tubinga cree que es urgentemente necesario «leer la Biblia *sub especie* de su *historia de las herejías*». El filósofo de la esperanza realizará una relectura de la Biblia bajo la hermenéutica de la sospecha. Utilizando una actitud que él mismo califica de «detectivesca», llegará a la siguiente conclusión: «lo mejor de la religión es que produce herejes».

Nuestro filósofo se inscribe en la tradición occidental judeo-cristiana, según la cual algunos conciben la hipótesis de que la idea de salvación inscrita en el corazón de todo ser humano procedería de la pérdida o de la expulsión del paraíso, aquel parque, donde, como decía Hegel, sólo los animales, y no los hombres, podían permanecer. La esperanza de salvación seguiría obrando en la historia de la humanidad y su culminación sería la reconquista del Edén. Se podría reconocer este regreso a una *terra incognita* en la noción de verdadera democracia que busca Bloch en *El principio esperanza*: «algo en el mundo que todos y cada uno percibió en su infancia: un lugar y un estado nunca visitado». Y el nombre de ese lugar es *Heimat*, término que no es del todo equivalente a nuestro vocablo castellano «patria», y como apunta Hans Mayer, tal vez debiera traducirse mejor por «país», por tierra natal, por el mundo en que se hunden nuestras raíces y al que, estando lejos, anhelamos retornar.

Gran parte de la vasta obra de Bloch está impregnada de religión. Por eso, no es casual que se le haya considerado el gran filósofo de la religión del pasado siglo. Su filosofía de la religión se enmarca dentro del pensamiento filosófico alemán que surgió al amparo de la Ilustración. Se trata de una filosofía de la religión heredada directamente de Kant con un planteamiento eminentemente humanista, en la que el hombre es el centro de todo.

El punto de partida de la filosofía de la religión de Bloch es, en un primer momento, la crítica de la religión de Feuerbach, cuyas tesis asume de forma esencial: el hombre cree en dioses, sobre todo porque tiene determinadas representaciones ideales de una esencia plena, que personifica en un dios. Según Bloch, Feuerbach reduce Dios al hombre. «Feuerbach –afirma Bloch– retrotrajo los contenidos de la religión del cielo a la tierra, de tal suerte que el hombre no ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, sino Dios a imagen y semejanza del hombre». Esta antropologización de la religión –cree Bloch– debe operar con un concepto utópico del hombre, y no con un concepto estáticamente cerrado: Presupone un *homo absconditus*, en la misma medida en que la fe en el cielo llevaba siempre en sí un *Deus absconditus*,

un Dios oculto. Marx, tras aceptar este punto de partida de Feuerbach; da un paso más, basa su crítica en los conflictos sociales del hombre con el hombre, y de los hombres con la naturaleza. Para Marx, la religión es el gemido de la criatura oprimida, la entraña de un mundo sin corazón, de la misma manera que éste es el espíritu de los seres que carecen de él. La religión es el opio del pueblo. La superación de la religión, en cuanto felicidad ilusoria del pueblo, es la exigencia de la verdadera felicidad. Marx cree que la religión adormece la mente humana y limita su forma de pensar. De ahí deduce él la exigencia de rescatar, de hecho, la realización de la esencia humana, falseada en la religión.

Bloch aceptará muchas de las tesis de Feuerbach y de Marx. Se esforzará en poner de manifiesto que la tendencia a la plenitud del ser humano es algo absolutamente legítimo y, si no es así, ¿cómo puede conseguir que la vida tenga sentido? A partir de ahí, la desteocratización de la religión se convertirá en el tema principal: lo que se piensa como dios, debe devolverse al hombre: esa es la herencia de Feuerbach; la superación fantástica de la mala realidad de las representaciones religiosas debe transformarse mediante el cambio real de esas relaciones: ésta es la herencia de Marx. De esta forma, la filosofía de la religión de Bloch viene a ser ateísmo, es decir, exige la renuncia, la extirpación de Dios. La fe en Dios como persona o espíritu es, para Bloch, claramente superstición; la eliminación de la representación de Dios es presupuesto necesario de su ateísmo. Sólo que, ahora, el lugar que ha dejado libre el destronado Dios tiene que ser ocupado de nuevo: en su lugar entra el hombre. Bloch piensa en el contenido humano-utópico de la profecía del Antiguo Testamento: «*eritis sicut deus scientes bonum et malum*». Las posibilidades del ser humano, que aún no se han hecho realidad, deben darse a conocer en esta especie de religión superada: una religión sin Dios no ha dejado de ser religión, sino que hace efectivo, de una manera íntegra, lo que de conservable y no olvidable se echó a perder en nombre de la religión. En la Biblia, sobre todo en la historia de los herejes, según la interpretación de Bloch, siempre se hizo valer el derecho de destronar a Dios para entronizar al hombre. De ahí su tesis: «Sólo un ateo puede ser un buen cristiano»¹⁰, es decir, sólo quien lee correctamente lo rebelde y descubre la fuerza explosiva de la Biblia. Y viceversa: «Sólo un cristiano puede ser un buen ateo». De

¹⁰ AC, p. 16.

esta forma arremete Bloch contra ese ateísmo que no quiere ver en la religión más que superstición, engaño, absurdo y no quiere aceptar los trazos del cristianismo que se pueden heredar de forma atea. De ahí que eligiera como título para su tratado de filosofía de la religión el de *El ateísmo en el cristianismo*.

Bloch se interesa, de forma especial, por aquello que tanto Feuerbach como Marx habían pasado por alto; me refiero, claro está, a la escatología judeo-cristiana. Sin lugar a dudas, ha sido Bloch el filósofo marxista del pasado siglo que, con más tesón y rigor que ninguno otro, ha penetrado en la entraña misma de la religión judeo-cristiana para extraer de ella su fuerza de transformación histórica. La escatología, tan presente en la religión judeo-cristiana, constituye el eje central de su reflexión ininterrumpida en su dilatada trayectoria filosófica.

Uno de los reproches más duros que Bloch dirige a la Ilustración, y más concretamente a los filósofos de esa época, es que su crítica de la religión se apoyó, no en el aspecto escatológico de la teología cristiana, que recogieron claramente los movimientos mesiánicos y milenaristas, sino en el aspecto místico del cristianismo, principalmente la teología de Lutero. Pues cree Bloch que un ateísmo no desencantado debe saber rescatar los antiguos arquetipos rebeldes de la religión y lo que de aquello se ha mantenido en las corrientes heréticas dentro de la Iglesia.

Lo que constituye el fondo del cristianismo -recuerda el filósofo- es esencialmente su concepción de la escatología: la espera y la esperanza de un final de la historia como llegada del reino de Dios (o reino de paz y de reconciliación universal). Le corresponde a la filosofía de la utopía-concreta reflexionar sobre este espacio -reino de la libertad- en el que el hombre alienado proyecta la realización fantástica de sus deseos de liberación.

En definitiva, Bloch se muestra opuesto al tradicional ateísmo marxista, como igualmente al de corte ilustrado, pues tanto uno como otro se satisfacen con la negación de la trascendencia, olvidando el trascender del proceso hacia delante, propio del componente mesiánico de la religión.

Un ateísmo de esas características no ofrece otra salida que el desencantamiento y el nihilismo. Frente a este saber que ha llevado al hombre a la trivialidad y a la banalidad, Bloch ha reaccionado, tratando de superar esta decadencia del pensamiento por medio de un ateísmo trascendente. Su propuesta es recoger de la religión muerta su herencia viva; ahora en un trascender que trata de liquidar la ficción

de un Dios creador y la hipóstasis de un Dios celestial, pero no precisamente el espacio vacío que deja tras de sí esa liquidación. Dicho espacio es el lugar donde pueden proyectarse las imágenes y las representaciones del deseo; sin él no sería ya posible la utopía: «Sin ateísmo no hay utopía del reino, pero implícitamente sin utopía tampoco puede darse ese espacio vacío de la utopía-concreta que el ateísmo ha inaugurado y ha dejado tras de sí»¹¹.

Así pues, solamente el ateísmo permite mantener la búsqueda del reino de la libertad, un reino mesiánico de Dios-sin-Dios. Es verdad que todo esto se dice en un libro muy concreto, que tiene una intención muy clara, la de heredar la carga utópica de lo religioso. El ateísmo es tan poco enemigo de la utopía religiosa que emerge precisamente del presupuesto de que sin ateísmo desaparecería el mesianismo. Es preciso, según Bloch, una nueva Ilustración que no desprecie lo mesiánico, sino que lo herede: «*Lo mesiánico es el secreto rojo de toda revolución, de toda Ilustración que se mantiene en plenitud*»¹². Por tanto, la geografía de otro mundo debe desaparecer como territorio donde se guarda la caja que contiene el salario merecido por las buenas acciones individuales de las personas y que, mediante esta transacción, agota los motivos para que el hombre actúe moralmente. Pero debe defenderse el cielo en cuanto Reino de nuestra libertad, como utopía terrena, con el fin de que la humanidad conserve el *Summum Bonum* de la utopía final: la patria de la identidad. Y así la utopía más audaz se encuentra provista de la posibilidad en el horizonte de un sentido real de este mundo. Bloch considera esta perspectiva como una idea-límite mesiánica que hace inteligible la totalidad de la tarea humana de la liberación.

A pesar de sus posiciones ateas, Ernst Bloch puso, como ningún otro, el tema de la «escatología» en el centro de la reflexión filosófica. Así lo ha reconocido el teólogo Jürgen Moltmann, autor del libro *Teología de la esperanza* (1964), inspirado ampliamente en las perspectivas abiertas por Bloch, quien, en el discurso durante el banquete conmemorativo del noventa cumpleaños de E. Bloch, refiriéndose a su magnífica obra *El principio esperanza*, decía: «¿En qué otro sitio se ha podido leer: ‘la conciencia escatológica ha venido al mundo a través de la Biblia’?»¹³. Él sabe que lo que constituye el fondo de la religión judeo-cristiana es fundamentalmente su

¹¹ PE III, p. 416.

¹² AC, p. 228.

¹³ UE, p. 186.

concepción escatológica: la espera y la esperanza de un final de la historia como llegada del reino de Dios o reino de paz y de justicia universales. Y para eso recorre el Antiguo Testamento, donde se muestra en un primer momento en el éxodo hacia la tierra prometida, posteriormente, en el Nuevo Testamento se espera a través del anuncio del Reino de Dios, y, finalmente, en la historia de los movimientos cristianos herético-apocalípticos se traduce en un reino milenario de paz. La dimensión escatológica, la esperanza en el futuro es lo que él denomina el «hilo rojo» que atraviesa la Biblia en su totalidad, e, incluso, aparecerá con fuerza en determinados momentos, al objeto de dinamizar la esperanza cristiana en el proceso de la historia.

A partir de su libro sobre Münzer, Bloch trabaja por la alianza entre socialismo y cristianismo. La monografía dedicada a la figura de Thomas Münzer, como ha dicho Löwy, es un libro romántico «no sólo por su espiritualidad religiosa milenaria/herética, sino también por sus referencias a un pasado comunitario idealizado». En esa obra Bloch parece identificarse con el sueño de los campesinos anabaptistas, que deseaban que las cosas regresaran exactamente a la situación que había existido anteriormente, cuando ellos eran hombres libres en el seno de comunidades libres, y cuando la tierra, a la manera primitiva, era de todos y se explotaba en régimen comunal¹⁴. Eso no significa que Bloch pretenda simplemente un retorno al mundo precapitalista, sino que el pasado comunitario, orgánico, religioso/herético, popular y campesino, desempeña aquí el papel de fuente de inspiración para las utopías sociales modernas, colmando de energía mesiánica la concepción materialista de la historia. No cabe duda de que esos elementos románticos que han contribuido de forma decisiva a la configuración del pensamiento de Bloch los encontramos también en las obras de madurez. Así, en su obra magna *El principio esperanza*, tras subrayar las aportaciones positivas de la utopía en la teoría marxista, nuestro autor se interna en las potencialidades utópicas de la paz y llega a la conclusión de que, sin socialismo, no hay paz duradera posible, pues el capitalismo ha adormecido a los hombres y los ha hecho conformistas.

Durante su época en Tübinga, Bloch, después de haber conocido el «socialismo real», no dejará de soñar en una auténtica unión entre cristiandad y revolución, como aquella que tuvo lugar durante las guerras campesinas del siglo XVI, por lo que se

¹⁴ TM, pp. 62-63.

convertirá en uno de los principales protagonistas en el diálogo entre socialismo y cristianismo.

Por amor a la verdad y a la libertad, y con la voluntad puesta en la creación de una sociedad socialista, como ha subrayado J. Moltmann, «luchó Bloch por el socialismo democrático y puso su esperanza en un comunismo que condujera a los hombres a encontrarse consigo mismos y, al mundo, a ser patria»¹⁵.

3. Mi investigación: objetivos y fases

Este trabajo se propone analizar la decisiva importancia del concepto de utopía en la filosofía de Ernst Bloch, el principal pensador de la utopía en el siglo XX. De acuerdo con lo anterior, se intenta, por una parte revalorar la importancia del pensamiento utópico en las diferentes facetas de la vida. Por otra parte, se trata de recuperar la importancia de la esperanza, el principal elemento constitutivo del modo de ser del hombre, elemento clave de la apertura hacia el porvenir de éste que se extiende hacia los límites de lo que puede ser y no es todavía.

En su obra principal *El principio esperanza* ha mostrado un exhaustivo trabajo de recuperación de las utopías en todos los niveles. Ha destacado la importancia y el significado de lo utópico: no sólo para el pensamiento, sino para la adecuación de la existencia humana, tanto en ámbito personal, como en el social. Ha expuesto una genealogía de las utopías como formas de acción y pensamiento que expresan un aspecto fundamental de la existencia humana, en todos los tiempos y en todos los lugares. Nos ha mostrado las manifestaciones de lo utópico, como expresión de la condición humana, en todo lo relacionado con el amor, el arte, la poesía, la música, los mitos o la cultura popular. Desempeñando una función de detective ha rastreado *las huellas de la utopía* en los grandes proyectos realizados a lo largo de la historia de la humanidad. Bloch se ha mostrado como el principal teórico de la utopía en el siglo XX y no sólo en su obra, sino en cada instante de su propia vida se ha manifestado como profeta de la *razón utópica*.

He dispuesto el trabajo en cuatro partes principales. En la *Primera* tratamos de aproximarnos, de forma gradual, a la historia y circunstancias que han tenido una

¹⁵ UE, p. 192.

influencia más significativa en el pensamiento de nuestro autor. Esta primera parte se divide en cuatro capítulos o epígrafes. El primero está dedicado a resaltar los datos biográficos más relevantes, así como a analizar aquellas mediaciones, que, de forma directa o indirecta, han podido influir en su forma de ser y sentir, y en su evolución intelectual. En este autor podemos observar cómo biografía y filosofía, pensamiento y personalidad, forman una unidad indisoluble. En el segundo capítulo nos ocupamos del estilo literario y del lenguaje; tratamos sobre todo aquello que ha podido influir en su forma de narrar y comunicar. Una de las características más importantes, y, por lo que Bloch es calificado como un autor de lectura difícil, es por su forma de narrar y escribir. Un estilo, entre barroco y expresionista cuajado de imágenes, comparaciones, metáforas, aforismos, alegorías y símbolos, que, a veces, resulta difícil de comprender.

El tercer capítulo, bastante amplio, está dedicado a examinar aquellos hechos históricos, acontecimientos sociales, culturales o políticos que han influido en el pensamiento de Ernst Bloch. Hemos tratado de retrotraernos a su tiempo, con el fin de determinar las diversas mediaciones que jalonaron su evolución intelectual. El cuarto capítulo está dedicado al estudio de la herencia de la tradición filosófica. En este capítulo se estudia a aquellos filósofos marxistas que han tratado de ahondar en la génesis del marxismo.

La *Segunda Parte* de esta monografía se centra en el estudio de los grandes temas de la filosofía de Ernst Bloch. Esta parte se divide en tres capítulos. En el primero, se analiza todo aquello que aparece como amenaza para la esperanza, sobre todo el nihilismo y la trivialidad. Estudiaremos el origen del nihilismo y aquellos autores que han mantenido una postura nihilista, especialmente: Schopenhauer, Nietzsche y Heidegger. En el segundo capítulo de esta segunda parte abordamos aquellos temas fundamentales que Bloch plantea en su obra principal, *El principio esperanza*. El discurso desarrollado por Bloch en esta obra no se limita a una simple fenomenología de la conciencia anticipadora, sino que, en cuanto utopía concreta, se propone considerar el correlato ontológico de las esperanzas humanas. En Bloch encontramos un perfecto paralelismo entre cosmología marxista y la antropología marxista. Nos detendremos en el estudio del concepto de materia-posibilidad, que es fundamental para comprender su concepto de *ontología del todavía-no-ser*. Bloch dedica una parte importante de su obra a la relación del hombre con la naturaleza, en esto será completamente fiel al *slogan* marxiano: naturalización del hombre y

humanización de la naturaleza. Bloch es un autor profundamente preocupado por el hombre. Por eso, siguiendo su línea de pensamiento, tratará de desarrollar una antropología marxista basada en la ontología del «todavía-no-ser». Utilizará las categorías antropológicas del psicoanálisis y, a partir de ahí, intentará construir su propio sistema.

El tercer capítulo se destina a estudiar la esperanza mesiánica y la utopía concreta. Se pretende investigar sobre las fuentes en las que se alimenta la filosofía de la esperanza de Bloch. Trataremos de ahondar en sus raíces judías con el fin de justificar su pasión por lo mesiánico. Del mesianismo bíblico heredará Bloch el esquema formal de la espera y la esperanza mesiánica. Se completa este capítulo con un estudio sobre el mesianismo y la utopía, así como la relación entre la doctrina de Marx y la religión.

La *Tercera Parte*, que titulo «Ateísmo, religión en herencia», se compone también de tres capítulos. En el primero de ellos se intenta analizar el ateísmo humanista de Bloch. Como podremos comprobar, el ateísmo de Bloch es un ateísmo por amor al hombre, y también, como él mismo confiesa por amor a Dios. Bloch rechaza la figura del Dios bíblico, el Dios inmutable, autor y garante del mundo. Frente al Dios creador y soberano del mundo, que se auto-complace en lo que ha creado está el Dios apocalíptico y salvador que se lamenta de haber creado el mundo y promete crear un cielo nuevo y una tierra nueva. Bloch apuesta por un Dios del futuro que no coarte la libertad del hombre. Una parte importante de este capítulo se dedica al estudio de los grandes críticos de la religión, y también analizamos la postura de Bloch con respecto a la religión. Tras una análisis de las religiones entendidas éstas, en sentido positivo, como lugar de cumplimiento de todo lo que el hombre ha perseguido en la historia, terminará afirmando que únicamente en la religión judeo-cristiana puede el hombre ver colmadas sus aspiraciones.

El segundo capítulo lo dedico a desarrollar el proyecto más ambicioso de Bloch: el de tomar la religión como la gran herencia de la humanidad. Para ello, oponiéndose a los modelos de exégesis tradicionales, se propone desteocratizar la Biblia, mediante una lectura «herética» de los textos desde «abajo», en vez de hacerlo desde arriba. Descubrirá que hay una Biblia del pueblo y otra de los sacerdotes. Bloch actuará como un «detective rojo» de los textos, con el fin de encontrar, como afirma Moltmann, «entre las consoladoras palabras desde lo alto, el originario suspirar y

murmurar de lo bajo y, en las ideologías religiosas dominantes, los misterios de deseo de los dominadores». Bloch detectará los elementos rebeldes que aparecen continuamente tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Uno de los libros que analiza Bloch es el libro de Job, donde detecta numerosas acusaciones. En este libro, el hombre compadece en acto acusatorio con toda su miseria, sus úlceras, su sufrimiento, su enfermedad y sus preocupaciones.

En el tercer capítulo se presta especial atención a la posición de Bloch ante la muerte o la más fuerte antiutopía, como él la llama. A nuestro autor le cabe el mérito de ser uno de los filósofos marxistas que con más honestidad y rigor intelectual ha planteado el problema humano de la muerte. Bloch estaba familiarizado con la idea de la muerte. En su obra se había ocupado a menudo de ella. Por eso, llegado el momento, no duda en afrontar la muerte con serenidad; no rehuirá la muerte y se dispone a vivir la novedad de esa experiencia: el morir. Aunque para Bloch queda excluida, por principio, la esperanza de una vida tras la muerte, le preocupa que todo acabe con la muerte.

Una vez llevada a cabo la paciente, pero necesaria, tarea de *dar cuenta* con cierta precisión de lo más destacable del pensamiento filosófico de Bloch desde la perspectiva de la esperanza y de la utopía, dedicaré la *Cuarta Parte* de mi estudio a la relación de la influencia de la obra de Ernst Bloch en la búsqueda de una sociedad mejor y de un mundo verdadero. Esta parte cuarta y última se ha dividido en dos capítulos. En el primero se analiza la influencia que ha tenido su obra tanto en la filosofía como en la teología contemporánea. Hasta el final, Bloch ha permanecido fiel a sus afirmaciones fundamentales y ha sido uno de los filósofos que, durante los años sesenta y setenta, fundamentalmente, consiguió mayor audiencia, tanto en el ámbito marxista como en ámbito cristiano, circunstancia que contribuyó a extender su pensamiento en «amplias capas» de la población del mundo occidental. A pesar de que el mundo ha cambiado desde aquellos años de acercamiento y de diálogo entre cristianismo y marxismo, y de que no se ha llegado a construir el verdadero socialismo, en el que el hombre sea un hombre para el hombre, con el que soñaba Bloch, hay cosas esenciales en su pensamiento que lo hacen un autor con el que hay que contar. Completamos esta última parte con un capítulo, dedicado a las conclusiones, en el que, además de resumir y recapitular lo expuesto, prestaremos

atención a aquellos rasgos esenciales de su pensamiento que lo hacen un autor inolvidable.

No quisiera terminar estas líneas sin dejar de recordar que, en 1959, la Editorial Suhrkamp publicó, en la Alemania Occidental, *Das Prinzip Hoffnung* (*El principio esperanza*), la más importante obra del pensador de Ludwigshafen, Ernst Bloch. A los cincuenta años de su publicación, esta obra, que ha sido reconocida por todos los conocedores de Bloch como su obra más importante, a pesar de otros títulos del mismo autor también muy significativos, sigue teniendo actualidad, en cuanto que se trata de una enciclopedia de los deseos humanos y los sueños diurnos transfiguradores de la historia.

Tampoco podemos dejar de recordar a uno de los filósofos españoles que más trabajó por acercar a E. Bloch al mundo de habla hispana, con su magnífica traducción de *El principio esperanza*; me refiero al que fuera catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de La Laguna, Felipe González Vicén. Hace años que la bella edición que lanzó a finales de la década de los años setenta la Editorial Aguilar está agotada. Pasados ya, algo más de veinticinco años de aquella publicación, la Editorial Trotta ha querido publicar nuevamente *El principio esperanza*, esta vez, al cuidado de Francisco Serra, uno de sus mejores conocedores. El profesor Serra ha aportado un Prólogo, ha corregido las numerosas erratas existentes, incluso en el texto alemán, y lo ha enriquecido con la incorporación de notas al pie de texto. En mi trabajo me he guiado por la edición de Aguilar, debido a que gran parte del texto se había escrito con anterioridad a la publicación del tomo III de la reedición de Trotta.